

ITALO CALVINO

Por qué leer los Clásicos

Como si e
ou das
d Victor,
Unidos
equintaran
en un a h
leer

u Paffal en la escuela y
por la cantidad de le
Liones en Circuacion se
tiria que si que leyendo
de pugil pero en Italia
si se hiciera un fondo
me temo que Paffal
auparia los ultimo la
gares. Los apasionado
de Dickens en Italia son
reduci
que cu

del siglo XIX
Empiezo a

Los clásicos son, para Italo Calvino (1923-1985), aquellos libros que nunca terminan de decir lo que tienen que decir, textos que «cuanto más cree uno conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad». Y ése es el convencimiento que anima a Italo Calvino a comentar los «suyos», según su criterio de que el clásico de cada uno «es aquel que no puede ser indiferente y que te sirve para definirte a ti mismo en relación y quizás en contraste con él». Así, mezclados en el tiempo y en la historia de la literatura universal, el lector descubre las lecturas de Italo Calvino. El resultado de todo ello es una obra que se ha convertido, a su vez, en un clásico.

Nota del editor

Los textos recogidos en este volumen por vez primera vieron la luz en las publicaciones que se detallan a continuación. El asterisco (*) indica que el título es del autor, mientras que la negrita señala las notas editoriales que el propio Calvino había previsto con el objetivo de editar algunos de sus ensayos en un libro.

«Por qué leer los clásicos»*, *L'Espresso*, 28 de junio de 1981.

«Las Odiseas en la *Odisea*»*, aparecido parcialmente en *La Repubblica*, 21 de octubre de 1981. Después en A. A. V. V., *Risalire il Nilo. Mito fiaba allegoria*, a cargo de Ferruccio Masini y Giulio Schiavoni, Palermo, Sellerio, 1983.

«Jenofonte, *Anábasis*», introducción a la edición de la «Biblioteca Universale Rizzoli», Milán, Rizzoli, 1978.

«Ovidio y la contigüidad universal»*. **Prólogo a una edición de las *Metamorfosis***, 1979. En relación a esta edición de Einaudi, Calvino cambió el título y añadió un párrafo (el que comienza «Esta técnica de la metamorfosis...», pág. 46).

(Plinio) «El cielo, el hombre, el elefante»*. Prólogo a la *Historia natural*, Turín, Einaudi, 1982.

«Las siete princesas de Nezami»*, *La Repubblica*, 8 de abril de 1982.

«Tirant lo Blanc», en *Tesoros de España*, publicado por el Ministerio de Cultura español con motivo de la exposi-

ción «Diez siglos de libros españoles», en la Biblioteca Pública de Nueva York, octubre de 1985.

(Ludovico Ariosto) «La estructura del *Orlando*»*. **Texto escrito para la radio, en 1974, con motivo del quinto centenario del nacimiento de Ludovico Ariosto** y emitido el 5 de enero de 1975. Calvino modifica el título con que el texto se publicó en *Terzoprogramma*, núms. 2-3 (1974).

(Ludovico Ariosto) «Pequeña antología de octavas»*, extraído de *La rassegna della letteratura italiana*, año 79, núms. 1-2, enero-agosto de 1975.

«Gerolamo Cardano», escrito cuatro siglos después de la muerte de Gerolamo Cardano, médico y matemático, *Corriere della Sera*, 21 de septiembre de 1976.

«El libro de la naturaleza en Galileo»*, escrito en francés para el «Recueil d'hommages pour A. J. Greimas», titulado *Exigences et perspectives de la sémiotique*, Amsterdam-Filadelfia, 1985. Original francés.

«Cyrano en la Luna»*, *La Repubblica*, 24 de diciembre de 1982.

(Daniel Defoe) «*Robinson Crusoe*, el diario de las virtudes mercantiles»*, en *Libri del tempo*, Turín, Aurora Zanichelli, 1957.

(Voltaire) «*Cándido* o la velocidad»*. **Prólogo a una edición italiana del *Cándido* de Voltaire con las ilustraciones de Klee**, «Biblioteca Universale Rizzoli», Milán, Rizzoli, 1974.

«Denis Diderot, *Jacques el fatalista*», *La Repubblica*, 25 de junio de 1984.

«Giammaria Ortes», presentación del volumen *Calcolo sopra la verità dell'istoria e altri scritti*, Costa & Nolan, 1984.

«El conocimiento pulviscular en Stendhal»*, extraído de *Stendhal e Milano. Atti del 14° Congresso Internazionale Stendhaliano*, Florencia, Leo Olschki, 1982, donde aparecía con el título «La conoscenza della Via Lattea»*.

(Stendhal) «Guía de *La Cartuja* destinada a los nuevos lectores»*, *La Repubblica*, 8 de septiembre de 1982.

«La ciudad-novela en Balzac»*, **Prólogo a una traducción de Ferragus (escrita para Centopagine)**, Turín, Einaudi, 1981.

«Charles Dickens, *Our Mutual Friend*», *La Repubblica*, 11 de noviembre de 1982.

«Gustave Flaubert, *Tres cuentos*», *La Repubblica*, 8 de mayo de 1980.

«Lev Tolstói, *Dos húsares*», prólogo escrito para *Centopagine*, Turín, Einaudi, 1973.

«Mark Twain, *El hombre que corrompió a Hadleyburg*», prólogo escrito para *Centopagine*, Turín, Einaudi, 1972.

«Henry James, *Daisy Miller*», prólogo escrito para *Centopagine*, Turín, Einaudi, 1971.

«Robert Louis Stevenson, *El pabellón en las dunas*», prólogo escrito para *Centopagine*, Turín, Einaudi, 1973.

«Los capitanes de Conrad»*, a los treinta años de la muerte de Joseph Conrad, *L' Unitá*, 3 de agosto de 1954.

«Pasternak y la revolución»*, *Passato e presente*, núm. 3, junio de 1958.

(Cario Emilio Gadda) «El mundo es una alcachofa»*. **Intervención en una reunión del Premio Internacional de los Editores, Corfú, 29 de abril-3 de mayo de 1963, en apoyo de la candidatura (que resultó ganadora) de C. E. Gadda. Original francés. Inédito.**

«Cario Emilio Gadda, *El zafarrancho*». El editor americano de Gadda pidió esta introducción a Calvino para presentar la novela al nuevo público de la edición de bolsillo. Aparecido parcialmente en *La Repubblica*, 16 de abril de 1984. Aquí se edita el texto completo.

«Eugenio Montale, "Forse un mattino andando"», en *Lecture montaliane in occasione dell'80° compleanno del poeta*, Génova, Bozzoni, 1977. Publicado parcialmente en *Corriere della Sera*, 12 de octubre de 1976.

«El escollo de Montale»*, en recuerdo de Eugenio Montale, *La Repubblica*, 15 de septiembre de 1981.

«Hemingway y nosotros»*, *Il contemporáneo*, I, 33, 13 de noviembre de 1954.

«Francis Ponge», escrito con motivo de los 80 años del poeta, *Corriere della Sera*, 29 de julio de 1979.

«Jorge Luis Borges», conferencia pronunciada en el Ministerio de Educación italiano, con motivo de una visita del escritor argentino, publicada parcialmente en *La Repubblica*, 16 de octubre de 1984.

«La filosofía de Raymond Queneau»*. **Prólogo a una edición italiana de *Bátons, chiffres et lettres* y otros ensayos de Raymond Queneau, Turín, Einaudi, 1981.**

«Pavese y los sacrificios humanos»*, *Revue des études italiennes*, núm. 2 (1966).

En una carta del 27 de noviembre de 1961, Italo Calvino escribía a Niccolò Gallo: «Para recoger ensayos dispersos e inorgánicos como los míos hay que esperar a la propia muerte o por lo menos a la vejez avanzada».

Sin embargo Calvino inició esta tarea en 1980 con *Una pietra sopra* [*Punto y aparte*], y en 1984 publicó *Collezione di sabbia* [*Colección de arena*]. Después autorizó la inclusión en las versiones inglesa, norteamericana y francesa de *Una pietra sopra* -que no son idénticas a la original- de los ensayos sobre Homero, Plinio, Ariosto, Balzac, Stendhal, Montale y del que da título a este libro. Además modificó - en un caso, Ovidio, añadió una página que dejó manuscrita- algunos de los títulos destinados a una edición italiana posterior.

En este volumen se presenta gran parte de los ensayos y artículos de Calvino sobre «sus clásicos»: los libros de los escritores y poetas, los hombres de ciencia que más contaron para él, en diversos periodos de su vida. Por lo que se refiere a los autores de nuestro siglo, he dado preferencia a los ensayos sobre los escritores y poetas por los cuales Calvino sentía particular admiración.

Esther Calvino

Quiero agradecer a Elisabetta Stefanini
su maravillosa ayuda.
E. C.

Por qué leer los clásicos

Empecemos proponiendo algunas definiciones.

1. *Los clásicos son esos libros de los cuales suele oírse decir: «Estoy relejendo...» y nunca «Estoy leyendo...».*

Es lo que ocurre por lo menos entre esas personas que se supone «de vastas lecturas»; no vale para la juventud, edad en la que el encuentro con el mundo, y con los clásicos como parte del mundo, vale exactamente como primer encuentro.

El prefijo iterativo delante del verbo «leer» puede ser una pequeña hipocresía de todos los que se avergüenzan de admitir que no han leído un libro famoso. Para tranquilizarlos bastará señalar que por vastas que puedan ser las lecturas «de formación» de un individuo, siempre queda un número enorme de obras fundamentales que uno no ha leído.

Quien haya leído todo Heródoto y todo Tucídides que levante la mano. ¿Y Saint-Simon? ¿Y el cardenal de Retz? Pero los grandes ciclos novelescos del siglo XIX son también más nombrados que leídos. En Francia se empieza a leer a Balzac en la escuela, y por la cantidad de ediciones en circulación se diría que se sigue leyendo después, pero en Italia, si se hiciera un sondeo, me temo que Balzac ocuparía los últimos lugares. Los apasionados de Dickens en Italia son una minoría reducida de personas que cuando se

encuentran empiezan enseguida a recordar personajes y episodios como si se tratara de gentes conocidas. Hace unos años Michel Butor, que enseñaba en Estados Unidos, cansado de que le preguntaran por Émile Zola, a quien nunca había leído, se decidió a leer todo el ciclo de los Rougon-Macquart. Descubrió que era completamente diferente de lo que creía: una fabulosa genealogía mitológica y cosmogónica que describió en un hermosísimo ensayo.

Esto para decir que leer por primera vez un gran libro en la edad madura es un placer extraordinario: diferente (pero no se puede decir que sea mayor o menor) que el de haberlo leído en la juventud. La juventud comunica a la lectura, como a cualquier otra experiencia, un sabor particular y una particular importancia, mientras que en la madurez se aprecian (deberían apreciarse) muchos detalles, niveles y significados más. Podemos intentar ahora esta otra definición:

2. Se llama clásicos a los libros que constituyen una riqueza para quien los ha leído y amado, pero que constituyen una riqueza no menor para quien se reserva la suerte de leerlos por primera vez en las mejores condiciones para saborearlos.

En realidad, las lecturas de juventud pueden ser poco provechosas por impaciencia, distracción, inexperiencia en cuanto a las instrucciones de uso, inexperiencia de la vida. Pueden ser (tal vez al mismo tiempo) formativas en el sentido de que dan una forma a la experiencia futura, proporcionando modelos, contenidos, términos de comparación, esquemas de clasificación, escalas de valores, paradigmas de belleza: cosas todas ellas que siguen actuando, aunque del libro leído en la juventud poco o nada se recuerde. Al releerlo en la edad madura, sucede que vuelven a encontrarse esas constantes que ahora forman parte de nuestros mecanismos internos y cuyo origen habíamos olvidado. Hay

en la obra una fuerza especial que consigue hacerse olvidar como tal, pero que deja su simiente. La definición que podemos dar será entonces:

3. Los clásicos son libros que ejercen una influencia particular ya sea cuando se imponen por inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual.

Por eso en la vida adulta debería haber un tiempo dedicado a repetir las lecturas más importantes de la juventud. Si los libros siguen siendo los mismos (aunque también ellos cambian a la luz de una perspectiva histórica que se ha transformado), sin duda nosotros hemos cambiado y el encuentro es un acontecimiento totalmente nuevo.

Por lo tanto, que se use el verbo «leer» o el verbo «re-leer» no tiene mucha importancia. En realidad podríamos decir:

4. Toda relectura de un clásico es una lectura de descubrimiento como la primera.

5. Toda lectura de un clásico es en realidad una relectura.

La definición 4 puede considerarse corolario de ésta:

6. Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir.

Mientras que la definición 5 remite a una formulación más explicativa, como:

7. Los clásicos son esos libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la

nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres).

Esto vale tanto para los clásicos antiguos como para los modernos. Si leo la *Odisea* leo el texto de Homero, pero no puedo olvidar todo lo que las aventuras de Ulises han llegado a significar a través de los siglos, y no puedo dejar de preguntarme si esos significados estaban implícitos en el texto o si son incrustaciones o deformaciones o dilataciones. Leyendo a Kafka no puedo menos que comprobar o rechazar la legitimidad del adjetivo «kafkiano» que escuchamos cada cuarto de hora aplicado a tuertas o a derechas. Si leo *Padres e hijos* de Turguéniev o *Demonios* de Dostoievski, no puedo menos que pensar cómo esos personajes han seguido reencarnándose hasta nuestros días.

La lectura de un clásico debe depararnos cierta sorpresa en relación con la imagen que de él teníamos. Por eso nunca se recomendará bastante la lectura directa de los textos originales evitando en lo posible bibliografía crítica, comentarios, interpretaciones. La escuela y la universidad deberían servir para hacernos entender que ningún libro que hable de un libro dice más que el libro en cuestión; en cambio hacen todo lo posible para que se crea lo contrario. Por una inversión de valores muy difundida, la introducción, el aparato crítico, la bibliografía hacen las veces de una cortina de humo para esconder lo que el texto tiene que decir y que sólo puede decir si se lo deja hablar sin intermediarios que pretendan saber más que él. Podemos concluir que:

8. Un clásico es una obra que suscita un incesante polvillo de discursos críticos, pero que la obra se sacude continuamente de encima.

El clásico no nos enseña necesariamente algo que no sabíamos; a veces descubrimos en él algo que siempre ha-

bíamos sabido (o creído saber) pero no sabíamos que él había sido el primero en decirlo (o se relaciona con él de una manera especial). Y ésta es también una sorpresa que da mucha satisfacción, como la da siempre el descubrimiento de un origen, de una relación, de una pertenencia. De todo esto podríamos hacer derivar una definición del tipo siguiente:

9. Los clásicos son libros que cuanto más cree uno conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad.

Naturalmente, esto ocurre cuando un clásico funciona como tal, esto es, cuando establece una relación personal con quien lo lee. Si no salta la chispa, no hay nada que hacer: no se leen los clásicos por deber o por respeto, sino sólo por amor. Salvo en la escuela: la escuela debe hacerte conocer bien o mal cierto número de clásicos entre los cuales (o con referencia a los cuales) podrás reconocer después «tus» clásicos. La escuela está obligada a darte instrumentos para efectuar una elección; pero las elecciones que cuentan son las que ocurren fuera o después de cualquier escuela.

Sólo en las lecturas desinteresadas puede suceder que te tropieces con el libro que llegará a ser tu libro. Conozco a un excelente historiador del arte, hombre de vastísimas lecturas, que entre todos los libros ha concentrado su predilección más honda en *Las aventuras de Pickwick*, y con cualquier pretexto cita frases del libro de Dickens, y cada hecho de la vida lo asocia con episodios pickwickianos. Poco a poco él mismo, el universo, la verdadera filosofía han adoptado la forma de *Las aventuras de Pickwick* en una identificación absoluta. Llegamos por este camino a una idea de clásico muy alta y exigente:

10. Llámase clásico a un libro que se configura como equivalente del universo, a semejanza de los antiguos talismanes.

Con esta definición nos acercamos a la idea del libro total, como lo soñaba Mallarmé.

Pero un clásico puede establecer una relación igualmente fuerte de oposición, de antítesis. Todo lo que Jean-Jacques Rousseau piensa y hace me interesa mucho, pero todo me inspira un deseo incoercible de contradecirlo, de criticarlo, de discutir con él. Incide en ello una antipatía personal en el plano temperamental, pero en ese sentido me bastaría con no leerlo, y en cambio no puedo menos que considerarlo entre mis autores. Diré por tanto:

11. Tu clásico es aquel que no puede serte indiferente y que te sirve para definirte a ti mismo en relación y quizás en contraste con él.

Creo que no necesito justificarme si empleo el término «clásico» sin hacer distingos de antigüedad, de estilo, de autoridad. Lo que para mí distingue al clásico es tal vez sólo un efecto de resonancia que vale tanto para una obra antigua como para una moderna pero ya ubicada en una continuidad cultural. Podríamos decir:

12. Un clásico es un libro que está antes que otros clásicos; pero quien haya leído primero los otros y después lee aquél, reconoce enseguida su lugar en la genealogía.

Al llegar a este punto no puedo seguir aplazando el problema decisivo que es el de cómo relacionar la lectura de los clásicos con todas las otras lecturas que no son de clásicos. Problema que va unido a preguntas como: «¿Por qué leer los clásicos en vez de concentrarse en lecturas que

nos hagan entender más a fondo nuestro tiempo?» y «¿Dónde encontrar el tiempo y la disponibilidad de la mente para leer los clásicos, excedidos como estamos por el alud de papel impreso de la actualidad?».

Claro que se puede imaginar una persona afortunada que dedique exclusivamente el «tiempo-lectura» de sus días a leer a Lucrecio, Luciano, Montaigne, Erasmo, Quevedo, Marlowe, el *Discurso del método*, el *Wilhelm Meister*, Coleridge, Ruskin, Proust y Valéry, con alguna divagación en dirección a Murasaki o las sagas islandesas. Todo esto sin tener que hacer reseñas de la última reedición, ni publicaciones para unas oposiciones, ni trabajos editoriales con contrato de vencimiento inminente. Para mantener su dieta sin ninguna contaminación, esa afortunada persona tendría que abstenerse de leer los periódicos, no dejarse tentar jamás por la última novela o la última encuesta sociológica. Habría que ver hasta qué punto sería justo y provechoso semejante rigorismo. La actualidad puede ser trivial y mortificante, pero sin embargo es siempre el punto donde hemos de situarnos para mirar hacia adelante o hacia atrás. Para poder leer los libros clásicos hay que establecer *desde dónde* se los lee. De lo contrario tanto el libro como el lector se pierden en una nube intemporal. Así pues, el máximo «rendimiento» de la lectura de los clásicos lo obtiene quien sabe alternarla con una sabia dosificación de la lectura de actualidad. Y esto no presupone necesariamente una equilibrada calma interior: puede ser también el fruto de un nerviosismo impaciente, de una irritada insatisfacción.

Tal vez el ideal sería oír la actualidad como el rumor que nos llega por la ventana y nos indica los atascos del tráfico y las perturbaciones meteorológicas, mientras seguimos el discurrir de los clásicos, que suena claro y articulado en la habitación. Pero ya es mucho que para los más la presencia de los clásicos se advierta como un retumbo lejano, fuera de la habitación invadida tanto por la actualidad como por la televisión a todo volumen. Añadamos por lo tanto: